



“Capítulo III”

p. 69-102

William Davis Robinson

*Memorias de la Revolución Mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina*

Virginia Guedea (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.html>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## CAPÍTULO III

*El general Mina. Sus primeros años y su carrera en España. Motivos que tuvo para abrazar la causa de México. Su llegada y negociaciones en Baltimore. Salida de la expedición. Peripecias en Puerto Príncipe. Llegada de la expedición a Galveston. Traición de Correa. Salida de la expedición de Galveston y su llegada a la barra del río Santander. Desembarco de la división.*

Don Xavier Mina nació en el mes de diciembre de 1789.<sup>1</sup> Era el hijo mayor de un respetado terrateniente, hidalgo cuyas propiedades se hallaban cerca de la población de Monreal, en el reino de Navarra. Criado en las montañas de su provincia natal, estaba acostumbrado a recorrer sus ricos valles y a perseguir la caza en medio de la grandeza de los Pirineos. Sus facultades, así nutridas y ejercitadas, se desarrollaron a edad temprana, mientras su mente absorbía toda la energía de una audacia inconquistable. Es bien sabido que el aspecto salvaje, el paisaje escabroso de una región alpina y los sentimientos alegres y vivaces que despiertan ejercen un efecto poderoso en la formación del carácter. Es ahí donde el simple montañés, libre de la influencia de los refinamientos de la sociedad, escapa a su corrupción, y encontramos al elevado valle “dignificado como la morada del valor y la virtud”. Es ahí donde se fomentan los elementos de un atrevimiento grande y noble, donde el patriotismo es un sentimiento que crece espontáneamente y donde han surgido esos espíritus heroicos cuyas exaltadas hazañas han derramado su brillo sobre la humanidad.

Mina hizo sus primeros estudios en Pamplona y Zaragoza.<sup>2</sup> En 1808, al iniciarse la resistencia española ante la invasión francesa, era estudiante en la universidad de esta última. En esas épocas, cuando contaba entre dieciocho y diecinueve años de edad, sintió el poderoso entusiasmo del momento. Cuando la matanza del 2 de mayo en Madrid conmovió a toda España y el grito de venganza se escuchó desde el Ebro hasta el

<sup>1</sup> Según José María Miquel i Vergés, Martín Luis Guzmán y otros de sus biógrafos, Mina, cuyo nombre era Martín Xavier y no Francisco Xavier, nació en Otano el 1º de julio de ese año.

<sup>2</sup> “Pampeluna” y “Saragossa” en la edición de 1820.

Guadiana, Mina abandonó sus estudios, se incorporó como voluntario al ejército del norte de España y estuvo presente en las batallas de Alcornes,<sup>3</sup> María y Belchite. Los acontecimientos de aquella época se encuentran aún frescos en nuestra memoria: el levantamiento general de la nación española y el despertar del heroísmo del pueblo de España del letargo en que había quedado hechizado desde los días de Carlos V.

Por ese entonces, Napoleón, irritado por la captura de sus ejércitos, comenzó a enviar nuevas tropas a España, y se volvió de particular importancia para los españoles el tener comunicación con Francia para conseguir información. El gallardo y joven Mina acometió la empresa. Aprovechándose de sus conocimientos del país, de sus habitantes y de los pasos de las montañas, la llevó a cabo con éxito rotundo y estableció una comunicación secreta con las provincias de Francia vecinas a los Pirineos, por la que los generales españoles obtuvieron abundante y valiosa información de lo que ocurría en aquel país.

Sin embargo, los ejércitos españoles fueron incapaces de habérselas con las numerosas y veteranas tropas que Napoleón esparció por la península y, al ser derrotados en todos los encuentros regulares, se retiraron ante los franceses.

Después de la derrota de Belchite, que es una población al sur de Zaragoza, el ejército catalán se replegó a Tortosa<sup>4</sup> mientras los franceses ocuparon una línea que se extendía en dirección de la frontera sur de Aragón<sup>5</sup> dentro de Cataluña.

Fue durante este sombrío estado de cosas que Xavier Mina tomó una determinación que tendría consecuencias muy importantes no sólo para su propio destino sino para el de toda la guerra en España. Resolvió pasar a través de las líneas francesas y, alcanzando su provincia natal de Navarra, hacer de sus montañas y fragosidades el teatro de sus operaciones hostiles y mantenerse a la retaguardia de los invasores para interceptar sus convoyes y correos y aislar a sus destacamentos rezagados.

Durante un paseo nocturno, comunicó por vez primera sus planes y proyectos a un amigo y pariente, y le reveló con entusiasmo sus esperanzas, temores y visiones de gloria. Su pariente lo escuchó en silencio hasta el final y entonces, señalando una horca que se hallaba cerca, le contestó: “Si triunfas, será grandioso; si fracasas, ésa será tu suerte”. En respuesta a su solicitud de que se le permitiera poner en ejecución sus planes, el general español le contestó que únicamente desperdiciaría su vida, puesto que quedaría aislado del ejército. *“No considero estar aislado, respondió Mina, mientras pueda encontrar una vereda para mi*

<sup>3</sup> Muy probablemente Robinson se refiere a la batalla de Alcáñiz.

<sup>4</sup> “Tortosá” en la edición de 1820.

<sup>5</sup> “Arragon” en la edición de 1820.

*caballo.*” Por fin, salió de Tortosa con *doce hombres* y llegó a Navarra después de pasar con habilidad la línea que ocupaba el ejército francés. De estos doce individuos, uno es en la actualidad teniente, otro se retiró con nueve heridas y el resto cayó en combate.

La primera acción que Mina emprendió fue contra una pequeña guardia de doce franceses a la que, con cerca de veinte hombres, atacó y capturó sin mucha resistencia. La siguiente fue contra una partida de treinta individuos. Los españoles, que alcanzaban casi el mismo número, se agazaparon tras una pared de piedra, y al acercarse el enemigo se levantaron y dispararon. En la lucha que siguió, un granadero de gran estatura deliberadamente apuntó su arma a Mina, le disparó y, refugiándose tras un árbol, animó a los suyos. Mas los españoles, brincando el muro, se lanzaron en su contra y pusieron fin al combate con sus sables. Este venturoso comienzo produjo las más importantes resultas. El paisanaje se animó mucho, ocurrieron numerosas aventuras exitosas, las partidas francesas de forrajeadores fueron destrozadas, sus convoyes atacados y saqueados e interceptados sus correos. El gobierno español aún no acababa de alegrarse por los primeros éxitos de Mina cuando de nuevo se sorprendió al recibir un numeroso contingente de prisioneros que aquél envió, entre los que se hallaba un teniente coronel. En otra ocasión remitió *setecientos* prisioneros, además de gran cantidad de equipo militar, provisiones y dinero.

Los franceses no permanecieron como pasivos espectadores ante estas caballerescas hazañas. Más de treinta personas relacionadas de alguna manera con la familia de Mina fueron arrestadas repentinamente y se las envió a Francia. La guerra, con todas las mejoras introducidas por la civilización moderna, se presenta de suyo lo bastante terrible para una mente reflexiva, pero es en esas luchas políticas, en las que las relaciones y los familiares de un individuo son considerados responsables de sus opiniones y actos, donde viene aparejada con las aflicciones más severas. Entre los familiares de Mina así arrancados de su país se hallaba una refinada y joven dama, objeto de su primera devoción.<sup>6</sup> Separados uno del otro, el tiempo y las olas de una fortuna adversa los separaron todavía más, y el paso de los acontecimientos hundió e hizo desaparecer para siempre estos tiernos afectos.

Se emprendieron numerosas expediciones para destruir a Mina; pero, como contaba con el afecto de todos los campesinos y tenía información correcta de todos los movimientos, era capaz no sólo de desconcertar y eludir al enemigo sino que, a menudo, caía sobre sus perseguidores por sorpresa, los derrotaba y destruía. Cuando consideraba que las fuerzas

<sup>6</sup> El nombre de esta prima era Manuela Torres.

enemigas eran demasiado numerosas para resistirlas abiertamente, señalaba a sus tropas un lugar para reunirse, dispersaba su banda y, así, cada uno por su lado, eludían la persecución. Los montañeses armados se retiraban a sus casas o a refugios secretos donde aguardaban hasta que su jefe diese la señal; cuando reaparecían de repente, parecía brotar de la tierra una legión de soldados, como los hombres de Cadmo. Mina, con una banda selecta, el núcleo de su ejército, se retiraba a las montañas. Una colina cercana a su casa solariega era su refugio principal. Estaba familiarizado con sus fragosidades y escondrijos solitarios, y los abandonados rebaños de su propia familia le proporcionaban alimento, lo mismo que a sus bravos compañeros. Cuando se había decidido a dar un golpe, reunía a sus fuerzas como una tempestad en lo alto de la montaña y, descendiendo atterradoramente, arrasaba la provincia hasta las puertas mismas de Pamplona.

De esta manera comenzó la insurrección en la provincia de Navarra. A partir de entonces se organizaron bandas de guerrilleros por todo el país. Así se inició aquel sistema, que fue el mejor de los recursos para lograr que se mantuviera en alto un sentimiento de desesperada animosidad, que con el tiempo se convirtió en el principal medio para liberar a España de sus invasores. Los relatos de los éxitos de Mina corrían por todo el país y produjeron un poderoso entusiasmo en el espíritu de los españoles. Así fue como poco después Mina estuvo en condiciones de levantar una división repetable de tropas, cuyo número se aumentaba con el paisanaje cuando se pensaba en dar un golpe.

La Junta Central de Sevilla le confirió el grado de coronel y poco después la categoría de comandante general de Navarra. La Junta de Aragón lo nombró también comandante general del Alto Aragón. Mina alcanzó estos honores, que le fueron confirmados por su patria, de la manera más gallarda, por medio de su espada y en una hora desesperada y sombría, y continuó su brillante carrera encendiendo la hostilidad y la atrevida resistencia que han hecho de la invasión francesa de España uno de los acontecimientos más notables en la historia de la Europa moderna.

En el invierno de 1810 a 1811, el gobierno español encomendó a Mina que destruyera, de ser posible, una fundición cercana a Pamplona, de la que se surtían los franceses de algunos pertrechos de guerra. Ya fuera por uno de esos accidentes que ninguna prudencia puede prever, ya porque el enemigo hubiera obtenido información sobre sus movimientos, esta desafortunada empresa fue fatal para Mina. Dos poderosos cuerpos de tropas francesas, que marchaban en direcciones opuestas, llegaron al mismo tiempo a las dos entradas de un angosto valle. Mina y su partida, que se hallaban por entonces en el desfiladero, fueron

copados por completo. La lucha que siguió fue obstinada y sangrienta. El gallardo Mina, defendiéndose con su espada y cubierto de heridas, cayó prisionero en manos del enemigo.<sup>7</sup>

Así terminó la rápida pero brillante carrera de Xavier Mina en España. La fortuna, como si estuviera celosa de la habilidad y el heroísmo que amenazaban elevarlo por encima de sus caprichosos favores, le jugó por fin en falso. Mas el espíritu que él había animado siguió vivo y encendió la furia de sus guerreros montañeses, quienes escogieron a uno de su familia para que los guiase en la venganza. Su tío *Espoz*<sup>8</sup> fue el jefe elegido y demostró ser merecedor de esta gran confianza. Espoz se encuentra en primer lugar entre aquellos cuyos nombres se ensalzan por toda España en los himnos triunfales de un pueblo liberado. Se mantuvo fielmente vigilante durante la oscura y peligrosa noche que había descendido sobre su país, y cuando amaneció el día de la libertad se le vió arrojar de España al último francés. Pero no dejemos que la gloria inmensa del tío opaque la del sobrino. Xavier Mina fue menos afortunado, pero no menos merecedor que Espoz. *Ego feci, tulit alter honores*. Fue Xavier el primero que enseñó a los montañeses de su provincia dónde atacar al invasor y el que sistematizó su irregular valor. Con sus éxitos, animó a los españoles a seguir su atrevido ejemplo, desafió los terrores de la venganza de Napoleón y abrió con su espada el camino que condujo a la liberación de su patria. Aún no contaba veintiún años cuando fue hecho prisionero. ¿Qué no hubiera podido esperarse de este joven heroico de haber continuado su carrera?

Después de su captura, Mina fue llevado a París y se le encerró en el castillo de Vincennes. Los sufrimientos que afligen al desgraciado prisionero de Estado se vieron aumentados en su caso por el cuidado con que se le ocultó toda información sobre la suerte de sus familiares y la de su país en guerra. Se le cayó el pelo y su persona cambió completamente. Sin embargo, con el tiempo se suavizaron los rigores de su prisión y se le dieron algunos libros. Se dedicó entonces con gran concentración al estudio del arte de la guerra, para lo que contó con la valiosa ayuda de algunos de los oficiales veteranos que eran sus compañeros de prisión.<sup>9</sup> Permaneció en Vincennes hasta que los ejércitos aliados entraron en Francia, y no fue puesto en libertad sino hasta la paz general que se logró con la abdicación del emperador Napoleón.

<sup>7</sup> Estos sucesos ocurrieron el invierno anterior al que Robinson hace referencia. Mina cayó preso en Labiano el 29 de marzo de 1810.

<sup>8</sup> Francisco Espoz y Mina, quien tomó el apellido de Mina en honor a su sobrino.

<sup>9</sup> El general francés Víctor Fanneau de Lahorie, preso por conspirar contra Napoleón y quien fuera padrino de Víctor Hugo, le enseñó a Mina tácticas militares y estrategia durante su prisión en Francia.

Es bien sabido que el rey Fernando, a su regreso a la península, fue recibido por una diputación que le llevaba la Constitución con la que se había gobernado España durante la cautividad del monarca para que la aprobase. Esta Constitución se basaba en los principios de una monarquía mejorada y limitada, y se había formado para satisfacer las opiniones liberales de los españoles ilustrados y lograr aquellos cambios que la época y las ideas modernas demandaban. De entre los muchos ejemplos de este mejoramiento puede citarse el artículo número 304, que abole para siempre toda confiscación de las propiedades de las personas condenadas por delitos contra el Estado, y su razón humanitaria es que la confiscación no es castigo del criminal sino de niños inocentes. No se entenderá del todo el mérito de este razonamiento hasta que reflexionemos en que casi no hay Estado o reino en Europa donde no se sostenga la doctrina contraria.

La conducta de Fernando a su regreso a España es bien conocida por todos. Las simpatías de los liberales y de los ilustrados, antes tan a su favor en todos los países, quedaron destruidas por la persecución de que se hizo objeto a las Cortes y la proscripción de los caudillos patriotas, por la prohibición de libros y periódicos extranjeros, por la destrucción de las fuentes de mejoramiento nacional y por el restablecimiento de la Inquisición, con su diabólico séquito de asesinatos judiciales y de torturas nocturnas. Los calabozos del Santo Oficio, las fortificaciones y las galeras en las que soldados honorables fueron condenados a trabajar con los más viles criminales y la lista de destierros, confiscaciones y ejecuciones muestran sin lugar a dudas la forma en que la intolerancia y el interés político destruyen los sentimientos más generosos y sancionan la más vil ingratitud.

Por ser miembros conspicuos del partido de los *Liberales*<sup>10</sup> o *Constitucionalistas*, los dos Mina pronto experimentaron el disgusto de la corte y el desagrado del rey. Sin embargo, a Xavier se le ofreció el mando de las fuerzas militares en México, posición inmediata inferior a la del virrey de la Nueva España. Mina no aceptó y, temeroso de las consecuencias, se retiró a Navarra. Espoz y Mina, quien aún permanecía a la cabeza de sus guerreros montañeses en esa región, recibió de inmediato una orden que lo privaba del mando. Habiendo llegado así las cosas a una crisis, los dos Mina decidieron levantar la bandera de las Cortes y de la Constitución. No tuvieron tiempo para formar un plan extenso, y acordaron atacar de inmediato antes de que fuera conocida públicamente la orden que privaba del mando a Espoz. Los detalles de este atrevido intento son interesantes y presentan ciertos rasgos románticos, pero podemos dedicarles tan sólo una ligera ojeada.

<sup>10</sup> “*Liberales*” en español en la edición de 1820.

Mientras Espoz ponía en movimiento a sus tropas para llegar a una hora determinada a las murallas de Pamplona, Xavier Mina entraba en la fortaleza. Ya dentro de ella, se puso de inmediato en contacto con unos cuantos oficiales que le eran conocidos y que abrigaban sentimientos favorables a las Cortes. Mina era popular entre todo el ejército español y su nombre muy querido por los soldados que peleaban por la libertad, entre los que seleccionó a unos cuantos para invitarlos a un banquete. Después de la cena, al acercarse la hora señalada, Mina se puso repentinamente de pie en medio de ellos y les dirigió una arenga vigorosa y entusiasta. Les mostró la ingratitude y la injusticia de la corte y, por último, los exhortó a otorgar las bendiciones de la libertad al país que habían salvado. El efecto de sus palabras fue electrizante y total. Todos se pusieron de pie y juraron fidelidad mientras cruzaban sus espadas en torno a la mesa del banquete. Se retiraron los centinelas del bastión indicado, se colocaron las escalas y desde la media noche hasta casi el amanecer esperaron con expectante ansiedad la llegada de las tropas de Espoz y Mina. De haber llegado éstas, se hubiera abierto para España una nueva era, preñada de sucesos importantes.

Las causas que provocaron el fracaso de la empresa fueron un tanto fortuitas y se debieron a la política y no al valor de Espoz. Ahora se sabe que, en vez de animar a las tropas y estimularlas para semejante ocasión, ordenó que no se les diera licor ni refrigerio. Tampoco conocían los soldados la razón ni la naturaleza de la expedición, tan extraña en tiempos de paz, y después de marchar hasta altas horas de la noche comenzaron a murmurar. Hubo cierta confusión en un cuerpo cuyo comandante era impopular; la marcha se detuvo, se produjo un tumulto nocturno y los soldados permanecieron en los campos desperdigados en partidas o vagaron en busca de refrigerio. Espoz, quien había cabalgado por delante, halló a su regreso, en la oscuridad de la noche, una escena tal de confusión que fueron vanos todos sus esfuerzos por arreglar las cosas. La situación fue irremediable y la oportunidad se perdió. Los confederados en Pamplona recibieron rápidamente la fatal noticia y de inmediato abandonaron el fuerte.

A pesar de que los españoles se hallan habituados a obedecer y “el nombre del rey es una fortaleza”, en esta ocasión se negaron a causar daño alguno a sus generales. Xavier Mina cruzó a salvo toda la provincia, reunió a todos aquellos amigos que consideró habían quedado comprometidos por su intento y entró a Francia llevando uniforme y con treinta oficiales. Se le arrestó por orden del gobierno francés y se le puso en prisión cerca de Bayona, pero después fue liberado y pasó a Inglaterra. Del gobierno británico recibió una generosa pensión de dos mil libras esterlinas anuales, según creemos.

Durante su estancia en aquel país, varios personajes distinguidos lo trataron con lisonjeras atenciones, en particular un noble inglés, conocido tanto por su simpatía por la causa de la libertad en todo el mundo como por su gentileza con los extranjeros.<sup>11</sup> Mina, por medio de este noble, conoció al general Scott, del ejército de los Estados Unidos, quien visitaba Inglaterra por ese entonces. Varios caballeros ingleses adictos a la causa de la libertad le suministraron un barco, armas y equipo militar para que llevara a cabo la empresa que había meditado ya por algún tiempo contra el reino de México, por ser el lugar donde podía darse el golpe más severo contra la tiranía de Fernando.<sup>12</sup>

Al desenvainar su espada en favor de la independencia de México, Mina consideró abrazar una causa afín a los sagrados principios por los que se había convertido en exiliado. Poder y posición hubieran sido suyos de haberse decidido a dejarse llevar por la corriente de favoritismo de la corte, mas se lo impedían su carácter y sus principios. Al igual que muchos filósofos del siglo pasado y algunos hombres ilustrados de su país, creía que los tesoros del Nuevo Mundo producían un efecto fatal para la prosperidad y la gloria de España, así que no puede acusársele de hacer un daño premeditado a su patria. Tampoco debía obediencia al desagradecido Fernando. Como desterrado, cortadas todas sus relaciones por la acción de un soberano que puso precio a su cabeza, no tenía ya ninguna liga que lo uniera al trono de Fernando ni existía regla alguna, ni siquiera en el ya olvidado código del vasallaje, que le prohibiera embarcarse en la causa gloriosa de la emancipación de México. No se alió, como Coriolano, con los enemigos de su patria, ni tampoco, como Eugenio, se adhirió a una corte extranjera. Derrotado en su intento de sostener las Cortes y la causa de la libertad española en Europa, se consagró a la causa de la libertad en América. Se lanzó atrevidamente por una senda peligrosa y arriesgada, llevando en mente la perspectiva de aquella suerte que una vez amenazó a Hancock y a Washington y que alcanzó a Fitzgerald y a Emmet.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Mina recibió el apoyo de lord John Russell, quien lo presentó con Henry Richard Vassall Fox, tercer barón de Holland, cuya casa, Holland House, servía de centro de reunión de un grupo de destacados intelectuales. Lord Holland, autor de varias obras, destacó como político del partido Whig, además de ser un intelectual interesado en la literatura española, y ayudó a los españoles liberales que se habían exiliado a Inglaterra.

<sup>12</sup> Para su expedición, Mina recibió en Inglaterra el apoyo de varios individuos: lord Holland, lord Russell, Edward Ellice, Daniel Stewart, John Bellingham Inglis, James Inglis, John Inglis, James Bruschi, John Murphy, Halet, Istúriz, Fermín de Tastet, Kinnel y Hader. (Para el financiamiento de la expedición de Mina y las consecuencias que tendría para México después de la independencia, véase G. Jiménez Codinach, *La Gran Bretaña y la independencia de México*).

<sup>13</sup> "Emmett" en la edición de 1820. Robinson se refiere a John Hancock, George Washington, Robert Emmet y Lord Edward Fitzgerald. Los dos primeros estuvieron en peligro

Las pretensiones de España al dominio y gobierno de las vastas regiones del Nuevo Mundo son demasiado elevadas y extravagantes para los juristas del siglo XIX. Ha pasado ya el tiempo en que los decretos de la corte de Madrid y las bulas de un papa debían obedecerse y adorarse como mandatos infalibles por dieciséis millones de seres humanos en el continente americano. Es cierto que España ha sujetado a los habitantes de la América española con poderosos grillos por medio de su celo vigilante, por su oposición al saber, al comercio y al mejoramiento, por su jerarquía acosante y por el terrible tribunal de la Inquisición. Mas la voz de aquel espíritu que resonó a lo largo de las Allegheny<sup>14</sup> en 1776 se ha escuchado ya en la meseta de México, corre ya entre los Andes y dentro de poco romperá para siempre las cadenas de la servidumbre.

Sabemos que muchas de las circunstancias que dieron un carácter peculiar a la lucha por la independencia de las colonias norteamericanas no se dan en cuanto a las de América del Sur. Las colonias inglesas y españolas se establecieron de maneras tan diferentes como los caracteres de Cortés y Pizarro lo eran de los de Sir Walter Raleigh y William Penn. Sobre la base de leyes igualitarias, juicio mediante jurado y libertad individual, de conciencia y de palabra se ha erigido en las colonias inglesas de América un bello edificio social, y su declaración de independencia fue el capitel corintio que decoró y remató las columnas del templo.

Las revoluciones en la América española, por el contrario, ofrecen en este momento una prueba palpable del efecto que produjeron ciertas disposiciones dadas con anterioridad en algunos países y quizá también (aunque esta opinión pueda no ir de acuerdo con los sentimientos de algunos filósofos modernos) del castigo que el crimen de una nación depara a la posteridad. Las predicciones del benévolo y venerable Las Casas se han cumplido ya. Una devastadora guerra civil ha adquirido caracteres de horror poco comunes a causa de la opresión de un gobierno tiránico y de la cruel disposición que se ha fomentado en la masa del pueblo. La frecuente negativa a dar cuartel, los asesinatos a sangre fría, la proscripción y destrucción de provincias enteras, las mutilaciones y carnicerías en mujeres y niños son la venganza terrible de los sufrimientos que han padecido los pacíficos y simples aborígenes y de los ultrajes bajo los que los criollos han gemido tan largo tiempo.

de caer en manos de los ingleses durante la guerra de independencia de las trece colonias de Norteamérica. Emmet y Fitzgerald fueron patriotas irlandeses que cayeron prisioneros de los ingleses y fueron ajusticiados.

<sup>14</sup> "Allegheny" en la edición de 1820.

Es un hecho político, reconocido ahora como verdadero en toda su extensión, que el gobierno de España en sus colonias americanas fue peor que cualquier otro que haya quedado registrado en las páginas de la historia. En vano sus apologistas nos remiten a los ponderados volúmenes de *“Las Leyes de las Indias”*<sup>15</sup> o a sus reglamentaciones eclesiásticas como pruebas de su moderación y sabiduría. En las condiciones, pasadas y presentes, de la sociedad de aquellas regiones encontramos una prueba lamentable, pero inequívoca, de la pestilencial influencia del gobierno español. Por todos los medios ha tendido siempre a aterrar, deprimir y embrutecer al pueblo, a impedirle cualquier medio de progreso, a destruir en su infancia cualquier germen de mejoramiento y a privarlo de las muchas riquezas naturales que su gran país le brindaba.

En el vasto imperio de la Nueva España, que cuenta con casi siete millones de habitantes, hay tan sólo un periódico público, que se imprime bajo el control directo de un gobierno celoso y vigilante.<sup>16</sup> En esta publicación no se inserta ninguna noticia, ya sea doméstica o extranjera, que no vaya de acuerdo con el espíritu y la política del gobierno. En tal estado de ignorancia e infelicidad se ha mantenido a la gran masa de los habitantes de la América española durante cerca de tres siglos.

Sin embargo, de diez años a esta parte ha ocurrido un gran cambio, y todos los amigos de la humanidad deben regocijarse porque la emancipación de América del Sur y de México del yugo español es un acontecimiento del que ya no puede dudarse. Podrá retrasarse a un periodo más distante del que suponen algunos entusiastas partidarios de la causa, pero cada día revela nuevas evidencias no sólo de la imposibilidad de que España pueda subyugar de nuevo a las colonias que se hallan ahora en franca rebeldía sino también del poder tan precario con que mantiene su dominio sobre ciertas secciones que todavía reconocen su soberanía.

Este importante hecho se expondrá con mayor claridad en el siguiente relato sobre la expedición de Mina, y a pesar de que este gallardo joven y sus valientes compañeros han sido sacrificados han perecido por una causa noble. Por medio de la simple narración de las extraordinarias circunstancias de su expedición, demostraremos que si Mina hubiera desembarcado en cualquier parte del reino mexicano con mil quinientos o dos mil soldados, en lugar de *doscientos setenta*, podría haber marchado en derechura sobre la ciudad de México y derrocado

<sup>15</sup> *“Las Leyes de las Indias”* en español en la edición de 1820.

<sup>16</sup> Si bien es cierto que la *Gazeta de México* estaba bajo el control del gobierno virreinal, para los años sobre los que Robinson escribe había en la Nueva España varias publicaciones periódicas que se ocupaban de registrar noticias de diversa índole.

al gobierno español prácticamente sin combatir. Nos damos cuenta de que esta afirmación sorprenderá a aquellos que no están enterados del carácter y sentimientos del pueblo mexicano; también nos percatamos de que las verdades que vamos a exponer serán causa de mortificación para el orgulloso gobierno español; pero, sea como fuere, garantizamos la fidelidad de nuestro relato y dejamos al inteligente lector que saque sus propias conclusiones.

El general Mina decidió en un principio proceder directamente hacia la costa mexicana, y así hizo los arreglos del caso, pues creía que sus habitantes se levantarían en masa a su favor; pero alteró su proyecto poco antes de salir, a causa de que se frustraron algunos de sus planes en Europa y de que recibió ciertas noticias de fuentes fidedignas. Salió así de Inglaterra hacia el Chesapeake, en el mes de mayo de 1816, en compañía de trece oficiales españoles e italianos y dos ingleses.<sup>17</sup>

El buque arribó a Hampton Roads después de una travesía de cuarenta y seis días. El general desembarcó en Norfolk y de ahí procedió por tierra hacia Baltimore; el buque llegó a esta ciudad el 3 de julio. En ese lugar, Mina hizo arreglos para conseguir un veloz bergantín, listo para ser armado, y compró artillería de campaña y de batir, morteros, municiones, vestuario y equipo militar de toda clase.<sup>18</sup> Mientras se llevaban a cabo estos preparativos, se arregló el buque para que pudiese llevar pasaje, y el general visitó Filadelfia y Nueva York, donde algunos americanos y europeos ofrecieron sus servicios, como oficiales, para acompañarlo. No deseaba aumentar su fuerza, excepto en cuanto a oficiales, pues tenía la impresión, como ya se ha dicho, de que una vez que desembarcara en México se le unirían sus habitantes. Consiguó toda la información que pudo acerca del estado en que se hallaba el país, y se aseguró de que una plaza pequeña en la costa mexicana al norte de Veracruz, llamada *Boquilla de Piedras*, se hallaba fortificada y en poder todavía del general patriota *don Guadalupe Victoria*. También averiguó que, a pesar de que los patriotas habían sufrido algunos reveses hacía poco, aún mantenían varias poderosas partidas de guerrilleros en diferentes provincias.

Mientras tanto, el representante del gobierno español en los Estados Unidos intentó varias veces desbaratar la expedición. Durante la travesía desde Inglaterra algunos de los oficiales españoles tuvieron

<sup>17</sup> Según Martín Luis Guzmán, lo acompañaban 24 militares españoles, ingleses e italianos. Al decir de José María Miquel i Vergés eran 32.

<sup>18</sup> Según da cuenta Guadalupe Jiménez Codinach, Dennis A. Smith, quien conoció a Mina en Londres, organizó con otros comerciantes de Baltimore la Mexican Company of Baltimore para financiar su expedición, cuyos asociados eran, además de Smith, Descaves y Mercier, Thomas Sheppard, James Williams, John Gooding, Jeremiah Sullivan, Hollins y McBlair y Lyde Goodwin.

una disputa con el general. A su llegada a los Estados Unidos, cuatro de estos oficiales<sup>19</sup> se presentaron a don Luis de Onís, el ministro español, y le informaron de cuanto sabían acerca de las operaciones que el general tenía proyectadas. Aunque sus informaciones fueron burdas, bastaron para despertar el celo y las sospechas del ministro, quien, siempre dispuesto a apoyar la dignidad y los intereses de su amo Fernando, se dirigió de inmediato al gobierno americano para hacerle saber lo que se le había informado y pedirle que detuviera la amenazadora empresa de Mina. Sin embargo, debido a que las quejas del ministro no se basaban en datos positivos, a que las leyes existentes no prohibían la exportación de pertrechos militares ni la navegación de navíos americanos con fines comerciales a ninguna parte del mundo que tuviera amistad con los Estados Unidos y a que los derechos de hospitalidad se extendían a todos los partidos, el ejecutivo no consideró pertinente intervenir mientras el general y sus agentes no infringieran las leyes de la república.

El cónsul español en Baltimore, al enterarse de cuál sería el destino del buque por medio de un sobrecargo que había desertado y que, como entendía el castellano, había escuchado la conversación de los descontentos durante el viaje, pidió ayuda oficial al cónsul inglés para hacer desaparecer este motivo de alarma para el gobierno de España.<sup>20</sup> El escritor todavía se halla en duda de si en este negocio el representante español sobrepasó al cónsul británico en cuanto a desplegar esfuerzos agotadores en favor de Fernando VII. De manera ostensible concedió mayor crédito al simple *ipse dixit* de un desertor de poca monta que a los papeles y documentos del buque y, sin ninguna otra prueba de que su destino fuera ilícito más que las afirmaciones de reconocidos amotinados, decidió por sí solo y de manera injustificada ejercer una alta jurisdicción en un país neutral cuyo gobierno había decidido no intervenir. A pesar de que el buque en ninguna forma había sido utilizado en contravención a las leyes británicas ni tampoco podía probarse que se proyectara hacerlo mientras llevara la bandera inglesa, intentó poner obstáculos a su viaje. En este asunto el cónsul británico actuó, de hecho, más como representante de los españoles que como cónsul de un gobierno libre, y en todo mostró ser hostil a la causa de la libertad en la América española.

Se llevó a bordo del barco, como carga, una cantidad de pertrechos militares, y estando ya preparados los pasajeros que debían embarcarse,

<sup>19</sup> He localizado los nombres de dos de ellos: los tenientes coroneles Tomás Morales Dondé y José Fernando Martínez Pasamontes. Los otros dos se apellidaban Huemendia y Escañó.

<sup>20</sup> El cónsul español en Norfolk e interino en Baltimore era Pablo Chacón. El sobrecargo se llamaba Giovanni Stagno, quien había venido como oficial en el "Caledonia".

se pidió licencia en la aduana para dirigirse a Saint Thomas y se navegó hasta más allá del fuerte MacHenry, donde se ancló. Incluso entonces no fue sin dificultad que pudo persuadirse al cónsul británico a entregar los papeles que retenía.

En la noche del 28 de agosto se embarcaron los pasajeros, en número de doscientos, bajo la dirección del coronel conde de Ruuth.<sup>21</sup> Mina permaneció en tierra para abordar el bergantín, cuya carga no estaba lista todavía. Se ordenó que el buque procediera hacia Puerto Príncipe, donde aguardaría la llegada del general.

El 1º de septiembre el buque abandonó los cabos de Virginia, en compañía de una escuna española alquilada por Mina que llevaba a bordo al teniente coronel de artillería Myers<sup>22</sup> y a su compañía. Pero, una o dos noches después de zarpar, la escuna se separó del buque y se dirigió al lugar de la cita.

Después de una travesía de diecisiete días, el buque arribó a Puerto Príncipe, donde encontró a la escuna, su compañera. La isla se vio azotada la noche siguiente por uno de esos destructores huracanes que son comunes en las Antillas. En medio de una escena de general destrucción, el buque sufrió algunos daños: se soltó una de sus amarras, se impulsó con otra hacia adelante y dio contra una fragata haitiana de treinta y dos cañones. A consecuencia de ello, el palo de proa, el palo mayor y varias perchas se perdieron, además de que su casco sufrió considerables averías, y la fragata perdió por la borda sus tres mástiles. Sin embargo, el buque, enganchándose a las amarras de la fragata, se sostuvo, y como a las tres de la mañana amainó el temporal. La luz del día iluminó la melancólica escena del buque sin mástiles y de la escuna, su compañera, volcada y encallada en un banco.

Habiendo abatido la tormenta, los pasajeros desembarcaron en el curso de la mañana y el buque fue remolcado adentro del puerto. La desgracia sufrida parecía grave y se temía que fuera imposible repararla. Sin embargo, estas aprehensiones pronto se desvanecieron a causa de la conducta generosa del finado presidente de aquella república,<sup>23</sup> quien los proveyó de perchas, les permitió el uso del arsenal y les ofreció todas las facilidades.

<sup>21</sup> Alemán de nacimiento, el conde de Ruuth abandonó a Mina en Soto la Marina.

<sup>22</sup> El teniente coronel Francisco Myers, quien había estado desde 1815 con Henry Perry, desertó en Soto la Marina.

<sup>23</sup> El general Alexandre Pétion, presidente de Haití, se mostró favorable a los movimientos de emancipación de las colonias españolas en América, y ofreció ayuda y provisiones a los revolucionarios americanos. Así, prestó apoyo a Simón Bolívar. No obstante, en 1814 no quiso auxiliar a Bernardo Gutiérrez de Lara, quien era uno de los jefes de la insurgencia en Texas, so pretexto de que la situación política de su país le impedía prestar ayuda a la Nueva España.

Una vez que el bergantín estuvo listo para hacerse a la mar, se embarcaron el general y su estado mayor y zarparon de Baltimore el 27 de septiembre. La sencillez y modestia de su actitud, la honradez de sus transacciones y lo caballeresco de su comportamiento durante su estancia en dicha ciudad le granjearon a Mina la estimación de una porción considerable de su sociedad. Mientras estuvo en los Estados Unidos se le pidió prestase su asistencia para habilitar corsarios para la América del Sur y, a pesar de lo ventajoso de la oferta, rehusó con indignación. “¿Qué razón –les dijo– les asiste para suponer que Xavier Mina desea saquear a sus compatriotas inofensivos? Yo hago la guerra a Fernando y a la tiranía, no a los españoles.”

Mientras se reparaba el buque, el general Mina llegó a Puerto Príncipe. Aunque muy afectado por el último desastre y la tardanza y los gastos resultantes, con su actividad y perseverancia pronto venció este primer obstáculo que se ofrecía a su expedición. El general Pétion lo recibió con especiales atenciones y le ofreció toda la asistencia a su alcance.<sup>24</sup>

En este lugar abandonaron la expedición varios individuos, tanto americanos como europeos. En unos cuantos casos no pudieron proseguir por hallarse enfermos; pero en descargo de su conducta la mayoría dio razones que debieron haber considerado antes de unirse a la expedición. Mina contempló su defección con la indiferencia que se merecía, e hizo notar que deseaba que siguieran su suerte sólo aquellos que voluntaria y alegremente se entregaran a la causa de la libertad. Esta pérdida se equilibró en cierta forma con la adquisición de varios marineros que habían desertado de una fragata francesa que se hallaba en crucero.

El general supo que el comodoro Aury,<sup>25</sup> comandante naval patriota, patrullaba la Bahía de México<sup>26</sup> y se había establecido en la isla de San Luis, en la desembocadura del río La Trinidad. Determinó entonces dirigirse hacia ese punto, con la esperanza de que dicho oficial promoviera sus miras. Fletó una pequeña escuna en lugar del navío español volcado durante el huracán y el buque se reparó de la mejor forma posible, así que la expedición, compuesta del bergantín, el buque y la escuna, se hizo a la vela el 24 de octubre hacia la isla de San Luis, en la costa mexicana.

Desde el día en que el buque llegó a Haití la desgracia pareció acompañar a la expedición. Después de abandonar Puerto Príncipe,

<sup>24</sup> No deja de resultar curioso el hecho de que Robinson no registre la entrevista que Mina tuvo en Haití con Simón Bolívar.

<sup>25</sup> Louis Michel Aury, marino francés que luchó en Nueva Granada en favor de los insurgentes. En 1815 pasó a Texas en compañía de José Manuel de Herrera y en 1817 tomó parte en la expedición organizada contra Florida.

<sup>26</sup> Robinson se refiere, obviamente, al Golfo de México.

sobrevino una calma casi continua, por lo que tardaron treinta días en completar un viaje que con la brisa marina que normalmente sopla en aquellas latitudes pudo haberse hecho en diez o doce. Lo tedioso del viaje fue, sin embargo, un mal menor, si se compara con otros a los que tuvo que enfrentarse la expedición. La fiebre amarilla, esa epidemia tan temida, hizo su aparición a bordo del buque. Fue llevada por uno de los pasajeros, quien murió a los pocos días de haber zarpado. La infección se extendió a los otros navíos. Como el bergantín no traía demasiada gente, no sufrió gran cosa y perdió tan sólo un hombre. La lista de enfermos del buque aumentó pronto a cincuenta o sesenta diarios; sin embargo, no murieron más que siete u ocho. Pero a bordo de la escuna, donde el aire se hallaba viciado, ocurrió una triste escena. De los pocos individuos que traía murieron ocho, entre los que se contó el teniente coronel Daly.<sup>27</sup> Finalmente el bergantín se vio obligado a remolcarla, ya que no quedó a bordo nadie que se hallase libre de la fiebre, excepción hecha de una mujer negra. En verdad, de no haber sido por los esfuerzos de un excelente médico, es probable que la expedición hubiese quedado destruida. Este hombre valioso era el doctor John Hennessy,<sup>28</sup> procedente de Kingston, Jamaica, quien no sólo dio muestras de su habilidad profesional sino que su infatigable actividad y sus amables atenciones fueron incesantes y le granjearon el cariño de todos los expedicionarios. Los navíos arribaron a la isla del Gran Caimán, donde se consiguió una abundante provisión de tortugas; con esto y con los vientos frescos del norte pronto se logró que convalecieran los pasajeros. En esta isla, los que iban a bordo de la escuna informaron al general que les era imposible continuar en ese desastrado navío. Se ordenó entonces que aquellos que se hallaran libres de la fiebre pasaran a bordo del buque, mientras la escuna y sus enfermos quedaron en el Gran Caimán. El buque y el bergantín prosiguieron su curso y llegaron al campamento de San Luis el 24 de noviembre, después de una angustiosa travesía de treinta días.

El general se encontró allí con el comodoro Aury y, como prevalecían los vientos del norte que hacen a la costa mexicana muy peligrosa, se dio orden de que la expedición desembarcara. Como no había suficiente agua en la barra para admitir navíos, se tomaron medidas para descargarlos, y para recibir la carga el comodoro se apropió de un viejo casco que se hallaba en el puerto.

<sup>27</sup> No he podido averiguar el nombre de pila del teniente coronel Daly, nacido en los Estados Unidos.

<sup>28</sup> El doctor Hennessy siguió a Mina en su expedición al interior de la Nueva España, y murió en la salida del fuerte de los Remedios en enero de 1818.

La población, llamada Galveston,<sup>29</sup> se encuentra en el lado oriental de la isla. La entrada al puerto se halla defendida por una barra capaz de admitir navíos de poco calado, pues tiene doce pies de profundidad, pero la marejada hace que el canal sea a menudo peligroso. Detrás de la barra hay suficiente fondo hasta llegar a la población, pero la bahía en la que desemboca el río de La Trinidad es poco profunda en muchas de sus partes. La isla es de poca altura y el agua que se obtiene al es-carbar en la arena es salobre. Sin embargo, hay abundancia de agua fresca en los cañaverales, a cierta distancia de Galveston, donde por lo general los barcos llenan sus barriles. Atraviesan la isla muchos esteros grandes, se halla cubierta de altos pastos y abundan en ella los venados y las aves salvajes, mientras que la bahía ofrece buena pesca y los esteros brindan excelentes ostras.

Inmediatamente después que desembarcaron las tropas, se trazó un campamento y se levantaron las tiendas. Hacia el lado occidental de Galveston, el comodoro Aury había comenzado a levantar un fuerte de adobe, y hacia el occidente de este fuerte se puso el campamento de Mina. Se distribuyeron las armas necesarias, se desembarcaron dos piezas de campo y dos obuses, el cuerpo de ingeniería se ocupó diligentemente de preparar las municiones, los mecánicos iniciaron sus trabajos y se repartió ropa a los soldados, mientras que los oficiales fueron provistos de sus uniformes respectivos. El comodoro abasteció a la división con raciones de excelente pan fresco, carne salada, puerco, pescado, aceite y aguardiente, lo que unido a la caza y a las provisiones que traían los costeños hizo que la división estuviera bien abastecida.

Mientras tanto, por ser peligroso que estuvieran anclados en la costa, se ordenó que el buque y el bergantín procedieran hacia Nueva Orleans.

La atención inmediata del general se dirigió a la organización de sus regimientos. Se nombraron oficiales para los distintos cuerpos, los que se esperaba completar en cuanto se hiciera el desembarco. Los oficiales americanos que no entendían español formaron una compañía denominada "Guardia de Honor del Congreso Mexicano", de la que el general fue nombrado capitán, un coronel su teniente, y así los demás. El coronel Young,<sup>30</sup> oficial que se había distinguido en el servicio de los Estados Unidos y cuya gallardía y actividad tendremos ocasión de señalar más adelante, fue puesto después al mando de esta compañía. Siendo pocos los expedicionarios, este arreglo se hizo tanto para su propia defensa como para mantener unidos a los oficiales, pues el general

<sup>29</sup> "Galvezton" en la edición de 1820.

<sup>30</sup> Coronel Guilford Dudley Young, nacido en Connecticut, quien salió del ejército estadounidense en 1815.

pensaba transferirlos a otros cuerpos en cuanto adquirieran conocimientos del español, lengua en la que el capellán de la división comenzó a instruirlos. De hecho, todas las medidas del general fueron muestra de que sabía perfectamente cómo organizar su pequeña fuerza para sacarle el mayor provecho. La organización de los cuerpos fue la siguiente:

<i>Guardia de Honor</i> . . . . .	Coronel Young.
<i>Artillería</i> . . . . .	Coronel Myers.
<i>Caballería</i> . . . . .	Coronel conde de Ruuth.
<i>Primer regimiento de línea</i>	Mayor Sardá. <sup>31</sup>
<i>Ingenieros</i>	} Cuerpos.
<i>Comisariado</i>	
<i>Médico</i>	
<i>Herreros, carpinteros, impresores y sastres.</i>	

Las tropas de infantería se ejercitaban todos los días y prevalecía el mejor de los órdenes.

El general sostenía frecuentes entrevistas con el comodoro Aury y se hallaba por demás deseoso de conseguir un cordial entendimiento entre ambos. Por desgracia, no pudo ser así; y con ello Mina perdió la ocasión de lograr un aumento considerable de tropas, ya que el comodoro había levantando un cuerpo de doscientos hombres con el propósito de invadir la provincia de Texas.

Aury estaba al servicio de la república mexicana comisionado como gobernador de la provincia de Texas y general en jefe del ejército republicano de México. Esta comisión se la había dado *don José Manuel de Herrera*, quien residía en Nueva Orleáns como embajador de la república mexicana en los Estados Unidos. Herrera había sido nombrado por el Congreso mexicano en la época en que la revolución se hallaba en su mejor momento, cuando el general Morelos, el distinguido jefe patriota, había tomado Acapulco, sometido la provincia de Oaxaca y establecido su autoridad sobre una parte considerable del imperio mexicano. No puede, por lo tanto, ponerse en duda el derecho de Herrera a nombrar a Aury como oficial de la república mexicana.

Herrera era un sacerdote de solemnes modales pero con muy poco conocimiento del mundo y, por lo tanto, fácilmente manejable. Durante su estancia en Nueva Orleáns no hizo ningún servicio importante a la causa mexicana, como no fuera enviar algunos cargamentos de poca monta, tanto de armas como de municiones de guerra, al general Victoria.

<sup>31</sup> Mayor José Sardá, quien era originario de Cataluña. Preso por los realistas en Soto la Marina, logró escapar. En 1834 murió asesinado en Colombia.

Antes de que Mina abandonase Baltimore, se envió una escuna muy rápida hacia la costa mexicana para asegurarse de su situación y para establecer comunicación con el general Victoria quien, según se sabía, tenía a sus órdenes una considerable fuerza de patriotas en la provincia de Veracruz y sostenía un pequeño fuerte en la costa, en un lugar llamado *Boquilla de Piedras*. Se confió esta misión al doctor Mier, natural de las Provincias Internas y en quien el general tenía gran confianza.<sup>32</sup>

El doctor, no obstante, se alarmó por el tiempo borrascoso que encontró en el Golfo y se dirigió a Nueva Orleans, desde donde envió la escuna hacia Boquilla. Al arribar a su destino, el capitán encontró que la plaza se encontraba en manos de los realistas y regresó a Galveston. Posteriormente se recibió información de que Victoria había tomado un puerto al norte de Boquilla, llamado Nautla. Hacia allá se envió la escuna, que llevaba cartas de Mina para Victoria; pero, mientras tanto, la plaza había sido recuperada por los realistas y a su llegada el capitán encontró que ondeaba en ella la bandera española.

Mina lamentó mucho no poder entablar comunicación con Victoria, porque se daba perfecta cuenta de sus méritos y conocía la importancia de actuar de acuerdo con él. Si Mina hubiera podido establecer una alianza con Victoria y desembarcar a salvo las armas y municiones de guerra que tenía entonces en su poder, se hubiera abierto una nueva era para la revolución, pues hubiera podido penetrar a través de la provincia de Veracruz hasta Tehuacán, unirse a las fuerzas de Terán, Osorno y otros jefes patriotas, y es muy probable que juntos hubieran podido asestar un golpe decisivo a los realistas. El no haberse llevado a cabo esta parte de los planes de Mina puede señalarse como una de las causas del fracaso final de su empresa.

El doctor Mier, al oír que el general había llegado a Galveston, abandonó Nueva Orleans para dirigirse a aquel lugar. El doctor era un hombre de modales muy amables y a pesar de haber sido educado para sacerdote era de sentimientos liberales, bien instruido y ardiente partidario de la emancipación de su país del despotismo español. Sin embargo, como era tímido por naturaleza,<sup>33</sup> no estaba hecho para soportar el torbellino de una revolución; mas, por su profundo conocimiento

<sup>32</sup> Servando Teresa de Mier, quien fuera autor de la primera obra publicada que da cuenta de la insurgencia novohispana así como de otros interesantes escritos que Robinson consultó, había sido desterrado a Europa desde 1795 por las autoridades novohispanas. Conoció a Mina en Londres, y se incorporó desde un principio a la expedición.

<sup>33</sup> Como atinadamente señala Bustamante respecto a esta afirmación de Robinson, Mier no era de naturaleza tímida sino decidido y valeroso (C. M. de Bustamante, *Cuadro histórico*, t. IV, p. 326).

de la Nueva España y su influencia en la sociedad, el general confiaba mucho en sus servicios y lo estimaba sinceramente.

El doctor había sido víctima del fanatismo español a causa de haber predicado un sermón, en la ciudad de México, en el que intentó probar que la famosa historia de la *Virgen de Guadalupe* era un invento del clero. Debido a este acto de libertad de pensamiento y de palabra, se le encerró por varios años en los calabozos de la Inquisición y después se le envió a Roma. En esta ciudad, a causa de sus talentos y de la urbanidad de sus modales, se convirtió en favorito del papa. Al estallar la revolución en España, se dirigió a ella y predicó la destrucción de sus invasores; pero, como era un celoso constitucionalista, se le obligó después a refugiarse en Inglaterra. Ahí conoció a Mina y, de buen grado, se comprometió a acompañarlo a México. Como se ha mencionado la aparición de la Virgen de Guadalupe, y como ella es una de las numerosas evidencias de la superstición que desde hace tanto ha prevalecido en la América española, no está de sobra dar algunos detalles acerca del origen de esta aparición. Sabemos, por testimonios auténticos, que los terrores supersticiosos que los sacerdotes españoles despertaron en las mentes de los ignorantes aborígenes fueron, en los inicios de la conquista, de mucho mayor servicio al gobierno de España que las armas mismas. Las imágenes y pinturas de santos que los sacerdotes enterraron o escondieron previamente en lugares donde podían ser hallados con facilidad por los indios pueden verse en la actualidad en casi todas las villas y poblaciones del imperio. El descubrimiento de estas imágenes se atribuye a la intervención del Cielo. Cada población tiene su santo tutelar, a quien se le ofrecen inmensas sumas de dinero en vestidos, ornamentos de oro y plata, diamantes y otras piedras preciosas. A todos ellos los padres<sup>34</sup> les han puesto nombre, y a cada uno los crédulos indios le atribuyen poderes milagrosos, lo mismo que hacen muchos de los criollos fanáticos. El Santo Oficio ha prohijado sabiamente esta superstición y ha lanzado sus rayos contra el que se atreva a poner en duda el origen sagrado de estas imágenes. Llenaríamos volúmenes enteros si tratásemos de detallar las asombrosas circunstancias en que se han dado estos descubrimientos y las virtudes milagrosas que se atribuyen a cada santo. Se han transmitido de una generación a otra y han recibido tantos añadidos y confirmaciones por los astutos y por los crédulos (estos últimos creen que la mejor manera de propiciar sus favores es magnificar los poderes del santo), que incluso algunos de los sacerdotes con mayor capacidad de juicio han llegado a creer en esos maravillosos atributos y están dispuestos

<sup>34</sup> “Padres” en español en la edición de 1820.

a dar testimonio de los milagros realizados en virtud de sus preces y súplicas. Es verdad que muchos de los sagaces sacerdotes se dan cuenta del engaño; no obstante, encuentran de interés el componer libros con el expreso propósito de demostrar cuándo y cómo se han efectuado aquellos grandes milagros y, al hacerlo, se percatan de que no sólo promueven sus propios intereses sino que éste es el modo más eficiente de preservar el poder de la Iglesia y la dignidad de la monarquía española. Libros del tipo que acabamos de mencionar forman casi la única clase de literatura que se permite circular por el imperio; son buscados con avidez por el desafortunado criollo y dejan en su mente una huella nada fácil de borrar.

Como diez años después de lo que los españoles llaman la conquista, aconteció la celebrada aparición de la Virgen de Guadalupe en la forma siguiente. Cerca de la ciudad de México se encuentra una colina desnuda. Un indio que por casualidad pasaba cerca de ella escuchó sonidos musicales y, al mismo tiempo, vio una figura etérea. Alarmado por la visión, echó a correr. Al pasar cerca del mismo lugar poco tiempo después, tuvo la misma extraña experiencia. Fue llamado por su nombre y se le dijo que regresara a ese sitio a cierta hora y que hallaría la imagen bajo un montón de rosas. Así lo hizo y la encontró como se le había dicho. El indio llevó esta pintura misteriosa al obispo de México, quien se hallaba, por supuesto, en el entendido. Se celebró un cónclave solemne del clero, y el obispo, arrodillándose delante de la pintura, con la más profunda veneración la llamó *Nuestra Señora de Guadalupe*. Se erigió un santuario para albergarla y recibió el exaltado título de patrona de México, del que goza hasta el presente. Éste es el origen de la Virgen de Guadalupe, de acuerdo con los archivos eclesiásticos que existen en México. La pintura original se exhibe todavía en el santuario de la Virgen y está pintada sobre una tela manufacturada como lino, llamada *guangoche*,<sup>35</sup> compuesta de gruesas hebras sacadas de las fibras del maguey (*agave americana*) y de tejido muy abierto. Los indios y los criollos dicen que la imagen es milagrosa porque, al acercársele, la pintura es menos visible, y de muy cerca todo rastro de la imagen desaparece; su ciega superstición no les permite descubrir que la textura abierta del material sobre el que está pintada es la causa de esta desaparición. Un sacerdote le contó al escritor otra circunstancia relativa a la imagen de la Virgen, que consideraba la parte más importante del milagro, y es que la pintura había sido encontrada bajo un montón de rosas durante el invierno y en un sitio donde aquellas flores nunca se habían dado. No pasó por la mente de este sacerdote

<sup>35</sup> “*uangochi*” en la edición de 1820.

el hecho de que a unas cuantas leguas de distancia el clima es muy diferente, donde las rosas crecen todo el año y que, en consecuencia, los pintores de la Virgen no necesitaron ninguna ayuda celestial para conseguir un montón de ellas. Tal es la veneración que las clases criollas bajas y también muchas de las medias y altas, así como los indios, rinden a su patrona, que tienen retratos de ella en todas sus casas, la invocan en todas sus oraciones e imploran su asistencia en todas sus dificultades.

En las procesiones religiosas que casi a diario se llevan a cabo en el imperio mexicano con el propósito de celebrar algún rito de la Iglesia o de ofrecer homenaje a alguno de los santos tutelares, se despliegan una solemnidad y una magnificencia calculadas admirablemente para cautivar al vulgo, gratificar la vanidad y obtener la credulidad de todas las clases de la sociedad. La sencillez y pureza de la religión cristiana se pierden en estas pomposas y místicas exhibiciones. El pobre indio converso, como es llamado, no conoce otra cosa de la religión católica sino sus ceremonias. Ofrece su diario homenaje a las imágenes de santos y otros símbolos externos, pero se halla tan totalmente ignorante de los preceptos de la doctrina cristiana como cualquier pagano de épocas pasadas.

Los sacerdotes, para adecuar la religión católica a los prejuicios y a las conciencias de los indios, con su habilidad habitual han entretejido muchas de las costumbres y de los símbolos indígenas con las ceremonias cristianas. De esta extraña mezcla de ritos cristianos y paganos existen hoy en día muchas evidencias en todo el imperio mexicano. En las diferentes festividades, los indios de ambos sexos, vestidos de la manera más fantástica, danzan al son de rudos instrumentos frente a las puertas de los templos y a los altares, haciendo las figuras más ridículas. En los desfiles de muchas procesiones religiosas vemos por las calles indios adornados de la forma más grotesca, tocando tambores, bailando y quemando cohetes. En las iglesias nos llaman la atención las deslumbrantes pinturas e imágenes de mártires, santos y obispos, rodeadas de soles, lunas y estrellas; mientras que los adornos, las piedras preciosas, los ornamentos de oro y plata y el parpadear de numerosos cirios inducen al extraño a sentir que se encuentra en uno de los mágicos palacios de Aladino en vez de en un templo dedicado al culto cristiano. En un lugar destacado del muro de la iglesia catedral de la ciudad de México se halla una enorme piedra, de forma irregular, que tiene grabados jeroglíficos que antiguamente fueron apropiados para las ceremonias religiosas de los aborígenes. En la pintura de la Virgen de Guadalupe, la patrona mexicana está representada con un manto azul adornado de estrellas y se encuentra de pie sobre una media luna

que sostiene un querubín. Incluso el color de la piel de la Virgen se ha adecuado al espíritu de los tiempos para demostrarles a los indios que su aparición fue señal de un especial favor del Cielo. Por lo tanto, si se la hubiera pintado de complexión clara no hubiera tenido el efecto que se buscaba y por esta razón, quizá, la vemos representada con facciones de un “tono moreno”.

Para mantener estas ceremonias pomposas o, como se acostumbra decir, para sostener el esplendor y la dignidad de la Iglesia, se enseña al infeliz mexicano a creer que ésta constituye su principal obligación; de ahí que la mayor parte de los frutos de su ardua labor vayan a parar a las arcas eclesiásticas.

La riqueza prodigada en algunos de los edificios religiosos parecerá increíble a quien nunca haya visitado la América española. De las muchas formas en que por doquier se presenta en México, seleccionamos la siguiente.

Como a tres leguas de la ciudad de *San Miguel el Grande*, en la provincia de Guanajuato, se encuentran dos capillas en la cima de una alta montaña; una de ellas para los oficios divinos ordinarios, y la otra que muestra diferentes escenas de los sufrimientos de nuestro Redentor hasta su llegada al Monte Calvario. En esta capilla se encontraba un magnífico altar, sobre el que se hallaban las imágenes de nuestro Salvador, de la Virgen María y de otros santos, hechas de plata maciza y adornadas con esmeraldas y otras piedras preciosas. Al entrar a la capilla, a mano izquierda, el visitante se asombra al contemplar un conjunto de *treinta y dos altares*. En cada uno de ellos hay figuras de tamaño natural que representan los diversos pasajes de la pasión del Salvador y, al final, el Monte Calvario con el cuerpo de Cristo en la cruz, acompañado de María, Juan y otros personajes mencionados en las Sagradas Escrituras. Todos estos altares, figuras, cruces, etcétera, son de plata pura. Este templo se denomina el santuario de nuestro *Señor de Atotonilco*,<sup>36</sup> a causa del nombre del lugar donde está situado. De todas partes del reino acuden a él los devotos para confesarse y cumplir la penitencia que les imponen los sacerdotes, y nuestro Señor de Atotonilco recoge de estos fieles peregrinos grandes sumas de dinero todos los años.

El origen de esta capilla merece conocerse a causa de su singularidad. Hace muchos años, un bandido de nombre Lorea<sup>37</sup> se encontraba a la cabeza de una partida tan formidable que el gobierno español le ofreció no sólo el perdón sino un salario inmenso y el título y el poder

<sup>36</sup> “Atotonilco” en la edición de 1820.

<sup>37</sup> “Lohra” en la edición de 1820. Al parecer, Robinson se refiere a Miguel Velázquez de Lorea, quien sí fue el primer juez del Tribunal de La Acordada pero no ladrón ni quien construyera el santuario de Atotonilco.

despótico de juez supremo de La Acordada si exterminaba a los bandidos. Lorea aceptó estas condiciones, apresó a sus compañeros y con distintos pretextos los colgó por centenares de los árboles. En pocos meses los destruyó por completo. De inmediato se le confirió el carácter de juez supremo y por ello disfrutó, hasta su muerte, de un salario de diez mil pesos al año. Este cargo era uno de los puestos más arbitrarios e independientes del reino. Quien lo desempeñaba tenía poder para dispensar la vida y la muerte, para infligir el castigo que quisiese y para pedir contribuciones a todos aquellos que fueran descubiertos traficando con bebidas prohibidas por el gobierno español.

En cuanto Lorea se encontró investido de este extraordinario poder, comenzó a imponer contribuciones despiadadas a todos aquéllos bajo sospecha de traficar con bebidas de contrabando, y cuando alguno de ellos resistía sus órdenes era ahorcado de inmediato. Por estos medios amasó enormes tesoros, que dedicó a la construcción del santuario de nuestro Señor de Atotonilco.

Sus sucesores continuaron gozando por largo tiempo de estas enormes prerrogativas, pero se tornaron tan caprichosos y crueles que, hacia el año de 1790, el virrey conde de Gálvez decidió poner un freno al tiránico Tribunal de La Acordada. Era entonces juez un individuo llamado Santa María;<sup>38</sup> éste tenía tres reos al pie del cadalso a punto de ser ajusticiados cuando, de repente, se presentó a caballo el conde de Gálvez y a nombre del rey les concedió el indulto.<sup>39</sup> Esta acción fue muy grata al pueblo de México y Carlos III aprobó la conducta del conde, mandando que, en el futuro, todas las sentencias del juez de La Acordada debían quedar sujetas a la confirmación de la real Audiencia, de la que el virrey es el presidente.

Al haber señalado, aunque brevemente, las supersticiosas tonterías y la extravagancia que los sacerdotes españoles han fomentado entre los mexicanos, no pretendemos hablar con ligereza de la religión católica; son los abusos que han sido sancionados en su nombre los que reprobamos y consideramos objetos dignos de animadversión. No tenemos prejuicios a favor de ninguna denominación del cristianismo en particular, sólo tenemos que lamentar profundamente que muchas otras sectas, al igual que la católica, hayan mancillado la pureza de la verdadera religión al mezclarla con ceremonias contrarias al sentido común y desagradables para toda mente ilustrada. Retomemos ahora el hilo de nuestra narración.

<sup>38</sup> Manuel Antonio de Santa María, octavo juez de La Acordada.

<sup>39</sup> En 1787 el virrey suspendió la sentencia de muerte de dos condenados por Santa María, pero no se presentó a caballo al pie del cadalso.

El bergantín, bien equipado, tornó de Nueva Orleans a Galveston y se puso bajo la bandera de México como navío nacional de guerra. Se le llamó “*El Congreso Mexicano*”.

El general recibió despachos de su agente en Nueva Orleans con propuestas de algunas personas que deseaban que atacara Pensacola,<sup>40</sup> y para este propósito ofrecían proveerlo de hombres, armas, etcétera, etcétera. Mina deseaba analizar las ventajas de este proyecto, pues pensaba que de llevarse a cabo podría promover sus ulteriores designios sobre México. Así, pues, se embarcó en el bergantín y se dirigió a Nueva Orleans, dejando al coronel don Mariano Montilla,<sup>41</sup> oficial que se había distinguido en la revolución de Venezuela, al mando de la división en Galveston.

Antes de la salida del general se conoció una circunstancia, realmente extraordinaria, que demostraba que el gobierno de España había recurrido a un plan traicionero para deshacerse de Mina. El instrumento de esta diabólica intriga fue un joven español, de apellido *Correa*. Este mozo debía mucho al general. Era hijo de don Diego Correa,<sup>42</sup> residente entonces en Londres y quien había sido una víctima notable del despotismo de Fernando. Procedente del continente, el joven Correa llegó a la capital inglesa sin ningún medio de subsistencia; y, al expresar a los amigos de Mina su deseo de seguir a este oficial, se le habilitó en forma espléndida, se le pagaron pasaje y gastos para dirigirse a los Estados Unidos y se le proveyó de una letra de cambio sobre Nueva York. Llegó a esta ciudad y de ahí procedió a Baltimore para encontrarse con el general, quien lo recibió con esa generosa simpatía que invariablemente mostraba hacia los que habían sufrido la tiranía de Fernando. El caballero don Luis de Onís, ministro plenipotenciario de su Majestad Católica en los Estados Unidos, pronto se aseguró de que Correa gozaba de la alta consideración y confianza de Mina. Por supuesto que para el ministro era de mucha importancia el ganarse a Correa para los intereses de España. No es necesario entrar en detalles minuciosos de los artilugios que usó el caballero Onís para seducir a este joven, pues el simple relato de los hechos demostrará que, en forma deliberada, Correa trazó un plan *para asesinar a su amigo y benefactor Mina*. No tenemos datos precisos para establecer de qué manera estuvo implicado el caballero Onís en plan tan diabólico, pero sí bases suficientes para sospechar que no sólo se hallaba enterado de él sino que promovió los sangrientos designios

<sup>40</sup> Si bien el nombre español de la antigua capital de la Florida era Panzacola, he respetado la grafía de Robinson, entre otras cosas porque el nombre actual es Pensacola.

<sup>41</sup> Mariano Montilla, de la Nueva Granada, luchó por la emancipación de su patria. Se fugó a Jamaica y luego pasó a Haití. Descontento con Bolívar, pasó después a los Estados Unidos, donde se unió a Mina. No obstante, se separó de éste en Galveston.

<sup>42</sup> Su nombre era Segundo Correa y tenía el grado de capitán.

de Correa. Se nos han prometido documentos auténticos sobre este asunto, y si llegan a nuestras manos no dudaremos en hacerlos públicos.<sup>43</sup>

En prosecución de sus fines, Correa llegó a Galveston con la expedición. A poco de encontrarse en ese lugar, trató de provocar un motín entre las tropas de Aury, con la intención, sin duda, de aprovechar la primera oportunidad favorable que se le ofreciera para perpetrar su salvaje acción.

Este individuo tuvo la habilidad de seducir a varios oficiales de Aury y a dos de Mina y de influir en ellos para que promovieran el motín, pero no informó de su verdadera intención sino a una sola persona. Por fortuna, uno de los oficiales de Aury descubrió la conjura al comodoro, quien de inmediato arrestó a los conspiradores. Se hizo una averiguación sobre los oficiales de Mina, pero el general, no creyendo político castigarlos con la dureza que merecían, sólo los reprendió severamente y los dejó en libertad.

Al ver desbaratado su plan, Correa desesperó de conseguir otra oportunidad para provocar la insurrección entre las tropas y, al darse cuenta de que los oficiales de Mina lo veían con desprecio, se encontró en Galveston en una situación desagradable. Como sentía demasiado apego a su propia existencia para desempeñar el papel de un atrevido

<sup>43</sup> El incidente referente a Correa se relata de manera un tanto diferente en la edición aparecida en Londres en 1821, la que en este párrafo incluye la siguiente nota del editor inglés a pie de página:

Por esta confesión del propio autor queda muy claro que no poseía sino información muy poco satisfactoria en la que basarse para el cargo que aquí se hace al caballero Onís, como principal, y al joven Correa, como instrumento, ya que sobre este asunto dice que *“se le han prometido algunos documentos auténticos, y si llegan a sus manos no dudará en hacerlos públicos”*. Por lo tanto, puede con seguridad suponerse que el cargo se ha hecho de manera apresurada y sin fundamento; de hecho, ésta es la opinión decidida de personas bien versadas en los asuntos de que trata, así como conocedoras de las partes involucradas. Cualesquiera que puedan haber sido los deberes diplomáticos que el caballero Onís debía desempeñar, es claro que no podría haber tramado jamás un designio similar al mencionado aquí por el autor, particularmente mientras actuaba como ministro extranjero ante un gobierno libre, como el de los Estados Unidos, y que el joven Correa no estuvo implicado en semejante transacción; su conocido carácter y principios, así como los sufrimientos de su padre, son una garantía suficiente.

La disputa que tuvo lugar entre las tropas del general Mina y las de Aury, que tan sin consideración se atribuyó al joven Correa, se debió a los elementos tan encontrados de que se componían y a la disparidad de opiniones entre los dos jefes. El joven Correa, que había servido de manera distinguida en los ejércitos de España y Austria durante toda la guerra pasada, a su llegada a Galveston se percató desde un principio que con medios tan débiles era imposible que el general Mina tuviera éxito en su atrevida empresa; y esta opinión se vio confirmada por las disensiones y peleas que ya existían entre los oficiales, en las que estuvo implicado. Por lo tanto, determinó abandonar el proyecto, y en esto se vio justificado por las circunstancias en que se encontraba. Estas razones, y el testimonio de personas respetables en este país, garantizan la conclusión de que el autor estuvo informado erróneamente, y que en consecuencia sus afirmaciones sobre este asunto son incorrectas.

asesino, ansiaba abandonar la expedición y con gusto aprovechó la ocasión de retirarse de la isla, de acuerdo con una orden que recibió del general, para dirigirse a Nueva Orleans.

Apenas Correa hubo abandonado la isla cuando Mina recibió cartas de los Estados Unidos que le hacían saber toda la bajeza del plan, pero por desgracia llegaron muy tarde para auxiliar a la justicia en su venganza.

Por estas cartas se supo que Correa recibiría doce mil pesos y la promesa de una alianza matrimonial en la familia de Onís siempre y cuando Mina fuera asesinado. Si en verdad el caballero hizo tales promesas a Correa, sin duda fue porque tenía a la vista los intereses de su amado amo Fernando, y probablemente en esto seguía el caballeroso ejemplo, conocido en Europa, del famoso general cosaco *Platoff*,<sup>44</sup> quien ofreció a su hija en matrimonio al infeliz que asesinara al emperador Napoleón.

El contenido de las cartas antes mencionadas se publicó en una orden del día en el campamento de Galveston y causó una explosión de indignación general entre todos los oficiales y soldados de la división.

Después de llegar a Nueva Orleans, la situación de Correa se tornó poco segura a causa de que algunos de los oficiales de Mina, que por entonces se hallaban allí, habían resuelto someterlo a un castigo ejemplar, del que escapó fugándose a Pensacola.

El traidor llegó después a La Habana, donde el capitán general de Cuba le dio un puesto en el departamento de rentas como recompensa por sus servicios al gobierno español. Las últimas noticias nos informan que este infeliz es ahora *oficial de la aduana en Trinidad de Cuba*. Suponemos, sin embargo, que cuando los funcionarios del gobierno español se enteren de los hechos anteriores se le tratará con el desprecio y el aborrecimiento que merecen un traidor y un cobarde.

Con gusto esperaríamos, por el honor de la naturaleza humana y por la dignidad del carácter diplomático, que las sospechas surgidas contra el caballero Onís en este asunto resultaran finalmente infundadas y que el homicida Correa no hubiera sido incitado por este alto funcionario para asesinar a su patrón. Pero las páginas de la historia, en especial los sucesos de los últimos treinta años, demuestran que los diplomáticos, en varias ocasiones, han actuado de manera que deshonoraría a un bandido y han sostenido con atrevimiento la doctrina de que *“el fin justifica los medios”*.

Los ministros de España que residen en el extranjero han tenido desde hace tiempo la costumbre de llevar a cabo sus propósitos por

<sup>44</sup> Matvei Ivanovich, conde de Platoff.

medio de la intriga más refinada y, ciertamente, no han sido muy delicados en cuanto a los medios usados. Amenazas arrogantes y promesas secretas se consideran parte de la diplomacia. No está fuera de lugar, aunque sea una digresión en nuestro relato, insertar aquí dos cartas escritas hace algunos años sobre la expedición de Miranda,<sup>45</sup> porque ilustrarán el espíritu y la política que invariablemente ha seguido el gabinete español con mucho mayor claridad que cien anécdotas ordinarias.

En el año de 1806 Miranda dirigió una expedición contra la provincia de Caracas, que fracasó. Varios forasteros que en ella iban cayeron en manos del gobierno español, entre ellos algunos jóvenes americanos que pertenecían a familias distinguidas.

El marqués de Casa-Irujo, embajador por entonces de España en los Estados Unidos, recibió del gobierno de Caracas una lista de los nombres de estos infelices prisioneros y de inmediato envió a un amigo del coronel Smith,<sup>46</sup> de Nueva York, la insidiosa carta siguiente:

*“Filadelfia, 28 de junio de 1806*

“Señor:

“Acabo de recibir de Caracas una lista con los nombres de los americanos tomados prisioneros por los españoles a bordo de las escunas de Miranda. El nombre de *Smith* se encuentra dos veces en la lista. Sospecho que el último de ellos es el del *hijo del coronel Smith, nieto del señor Adams*.<sup>47</sup> Aunque tuve con él algunas diferencias de tipo político cuando fue presidente, tal circunstancia no me ha privado de esa particular admiración y ese respeto debidos a un personaje tan distinguido, ni tampoco de guardar particular consideración hacia su familia. No cabe la más mínima duda de que la mayor parte de estos prisioneros serán pasados por las armas como piratas, y me gustaría muchísimo salvar la vida de este desventurado joven, nieto del venerable señor Adams y de su digna esposa, por medio de una intervención inmediata y oportuna. Pero para que mi intercesión sea eficaz solicito como *única condición* que el coronel Smith me haga llegar, por medio de usted y bajo su palabra de honor, *toda la información que posea sobre los*

<sup>45</sup> Robinson se refiere a la expedición de Francisco de Miranda, quien fuera el iniciador del movimiento de independencia en Venezuela; ésta tuvo lugar en los primeros meses de 1806. Sobre la relación de Robinson con dicha expedición véase el Estudio Introductorio.

<sup>46</sup> William Stephens Smith, a quien Miranda conociera en Londres y con quien entabló amistad. Tanto la carta del marqués a Smith como la respuesta de éste fueron publicadas en *The Times*, de Londres, el 28 de agosto de 1806.

<sup>47</sup> John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos, era abuelo materno de William Steuben Smith, quien fuera ayudante de campo de Miranda.

*planes de Miranda, de los puntos que pretendía atacar, de las personas con quienes tiene nexos en Caracas y los nombres de los españoles que se encuentran en los Estados Unidos y que tomaron parte en sus planes y expedición; de hecho, solicito toda la información pertinente que posea y cuyo conocimiento pueda ser útil a mi gobierno y a la conservación y tranquilidad de las provincias que Miranda tenía pensado revolucionar.*

Me tomo la libertad de hacerle estas sugerencias porque conozco su vinculación con el señor Adams y, sin duda, utilizará todos los medios a su alcance para sacar de la aflicción a una familia digna y desconsolada. De cualquier manera, espero de usted una respuesta inmediata y decisiva sobre este asunto. Soy, señor, con particular respeto y consideración,

su obediente servidor

Firmado: Marqués de Casa-Irujo

Al señor. . . . .

La carta anterior le fue entregada al coronel Smith, quien dio la digna respuesta siguiente, al estilo de un romano:

*Nueva York, 30 de junio de 1806*

Estimado señor:

Acepte usted mi más cálido reconocimiento por su muy interesante comunicación de esta fecha, la que me entregó su hijo acompañada de una del marqués de Casa-Irujo. Después de considerarla con todo cuidado, devuelvo esta última de acuerdo con su solicitud. Tengo la seguridad de que haré justicia al señor y a la señora Adams si en su nombre agradezco al marqués su amabilísima atención por un asunto, sin duda, personal y de gran interés e importancia. Estoy seguro de que cuando le haga al marqués la justicia de comunicarle su tierna solicitud por su nieto, no dejará de provocar los sentimientos y reconocimientos a que es acreedor en alto grado. Por mi parte, sin tener el honor de conocerlo, no tengo derecho a esperar de él otra atención o consideración que las que naturalmente han brotado de su propia mente al hacer una comunicación de tanto interés.

Me informa que acaba de recibir de Caracas una lista con los nombres de los americanos tomados prisioneros por los españoles a bordo de las escunas de Miranda; que el nombre de Smith se encuentra dos veces en la lista y que sospecha que el segundo de ellos es el de mi hijo, nieto del señor Adams. Dice que, por medio de una intervención inmediata y oportuna, le gustaría muchísimo salvar la vida de este desventurado joven, nieto del venerable señor Adams y de su digna esposa, pues no duda que en su mayor parte los americanos serán pasados por las armas. Mas, para que se efectúe esta intercesión, solicita, como *única*

*condición*, que le haga saber a través de usted y bajo mi *palabra de honor* toda la información que tenga sobre los planes de Miranda, los puntos de ataque, las personas con quienes tiene nexos en Caracas y los nombres de los españoles que se encuentran en los Estados Unidos y que estuvieron involucrados en sus planes y en su expedición: de hecho, toda la información pertinente que pueda yo tener y cuyo conocimiento pueda ser útil al gobierno español para la promoción y la preservación de la tranquilidad en las provincias que Miranda tenía pensado revolucionar.

Cuando el marqués vea sin apasionamiento las circunstancias relacionadas con la visita del general Miranda a Washington y a esta ciudad y se percate claramente de que las personas que lo acompañaban en el *Leander* no estaban informadas de sus proyectos y planes, permitirá que su benevolencia se extienda a todos los apresados en las escunas y los proteja de un duro tratamiento y de un castigo inmerecido. Asimismo, inducirá al gobierno de su país a ver este asunto bajo una luz que no tienda a ocasionar más serias animadversiones que las que se han dado hasta ahora, o a provocar el espíritu de la indignación y el agravio, el cual, si se le permite hacer su aparición, no dejará de estar acompañado de fuertes muestras de resentimiento.

En cuanto a mi hijo, no conocía los planes de Miranda; se fue con él como un joven compañero, a compartir su fortuna y su destino. Iba acompañado de algunos de sus amigos, capaces de actos de audacia y valor, ¡dignos de su jefe, dignos de su causa!

Cualquiera que pueda ser la situación y la suerte de los prisioneros a bordo de las escunas, no podré jamás sancionar tácitamente que el azote de la tiranía caiga sobre sus compañeros mientras libero a mi hijo de compartir su suerte, cualquiera que ésta sea. Nada, salvo el hecho de que el marqués no me conozca, puede excusar de la falta de delicadeza de su proposición.

Hágame el favor, amigo mío, de informar al marqués que de hallarme en la situación de mi hijo no podría aceptar sus propuestas para salvarme, y que no haré que tan grande indignidad recaiga sobre mi hijo, mi familia y sobre mí mismo, como sucedería si lo protegiera con el escudo del deshonor.

No dudo de que el marqués aconsejará así al gobierno de Caracas y enviará a su rey (quien quizá me haga el honor de recordarme en persona) una exposición tal que los induzca en el presente caso a no manchar el digno carácter de la nación española con un acto de pasión y de barbarie.

Soy, estimado señor, con respeto,  
su amigo y humilde servidor  
Firmado: William S. Smith

A. . . . .

Por fortuna, el hijo del coronel Smith no se encontraba por ese entonces entre los desventurados prisioneros en Caracas, pero no queda duda de que de haber estado en ese lugar hubiera sido sacrificado entre las demás víctimas de la crueldad española que fueron ejecutadas en Puerto Cabello.<sup>48</sup> Este joven reside ahora en la ciudad de Washington.

Después de la salida de Mina hacia Nueva Orleans, como ya se ha dicho, surgió una seria desavenencia entre el comodoro Aury y el coronel Perry,<sup>49</sup> quien mandaba un cuerpo de cien americanos al servicio de aquél. Cuando Mina desembarcó, Perry y sus soldados determinaron dejar el servicio de Aury para seguir su bandera. El comodoro descubrió muy pronto esta intención y trató por varios medios de quitarle el mando a Perry. Finalmente, el 1o. de marzo lo arrestó junto con el capitán Gordon,<sup>50</sup> poniéndolos prisioneros en sus mismos cuarteles. Este acto produjo una ruptura declarada. Los hombres de Perry, al saber que su coronel había sido arrestado, mandaron decir al comodoro que se hallaban decididos a defenderlo hasta lo último, y con ese propósito llamaron a las armas. Para hacerle frente a este partido, Aury reunió a los hombres que suponía le eran fieles, que eran cosa de ochenta, casi todos individuos de color, bajo el mando del coronel Savary,<sup>51</sup> con una pieza de artillería. Mientras sucedía tan vergonzosa escena en el campamento de Aury, la división de Mina no permaneció inactiva. El coronel Montilla puso centinelas para cortar toda comunicación entre los dos campamentos, se repartieron municiones y la división se mantuvo sobre las armas. Sin embargo, este altercado terminó, felizmente, sin derramar sangre. Perry fue puesto en libertad y el comodoro dio permiso, tanto al coronel como a sus hombres y a cualquier otro individuo de sus tropas que así lo deseara, de seguir la bandera que prefirieran. De acuerdo con ello, el coronel Perry se puso a las órdenes de Mina.

Mientras el general se hallaba en Nueva Orleans tuvo frecuentes entrevistas con los caballeros que le habían propuesto el proyecto de emprender una expedición contra Pensacola. Muy pronto descubrió que sólo se trataba de una especulación mercantil, de la que no podían derivar ventaja alguna sus proyectos sobre México; de hecho, todas las propuestas que se le hicieron en Nueva Orleans fueron totalmente diferentes

<sup>48</sup> "Puerto Cavello" en la edición de 1820.

<sup>49</sup> El coronel Henry Perry, de Connecticut, fue uno de los oficiales del ejército de los Estados Unidos que pasó a formar parte del Ejército Republicano del Norte organizado por José Bernardo Gutiérrez de Lara para invadir Texas y, como tal, participó en varias acciones militares. Su relación con los insurgentes novohispanos fue larga, ya que en 1815 se encontraba reuniendo armas para José Álvarez de Toledo.

<sup>50</sup> El capitán John Gordon era originario de los Estados Unidos.

<sup>51</sup> Coronel Joseph Savary. Eduardo Enrique Ríos registra a un ingeniero Lafon Savary, comandante de los pardos de Santo Domingo.

a sus planes. Como soldado y patriota, Mina aborrecía la guerra con propósitos mercenarios y era decididamente hostil a todos los proyectos de saqueo. En Nueva Orleans compró un navío llamado *Cleopatra*, para utilizarlo como transporte en vez del buque con el que dejó Inglaterra, el que devolvió de acuerdo con lo convenido. Hizo también arreglos para la compra de otro barco, llamado *Neptuno*, y se dirigió a Galveston, llevando consigo unos cuantos oficiales europeos y americanos. A su llegada, el 16 de marzo, encontró que la división ya se había embarcado y estaba lista para zarpar.

A causa de no haber recibido información precisa del lugar donde pudiera unirse a cualquiera de los grupos de las fuerzas de Victoria, y como toda la costa se hallaba en poder de los realistas, resolvió dirigirse a una población llamada *Soto la Marina*, sobre el río Santander,<sup>52</sup> en la colonia de este nombre. Era éste el sitio donde menos esperaban los realistas un desembarco, pues conjeturaban que el general pensaba efectuarlo en la parte norte de la provincia de Veracruz con el propósito de reunirse con Victoria. Por lo tanto, concentraron un cuerpo de tropas en las cercanías de Tuxpan, punto central desde donde podían marchar rápidamente al sitio invadido y acabar con Mina de inmediato.

Durante el tiempo que la división estuvo en Galveston, renunciaron algunos oficiales, los que recibieron pasaportes para abandonar la isla. El coronel Montilla y otros dos oficiales procedentes de Caracas se embarcaron también hacia Nueva Orleans.

Mientras la flota aguardaba el viento, se confiscaron dos bergantines; uno había sido apresado por un corsario mexicano y el otro por un crucero de Buenos Aires cargado de cecina y arroz. Como no había tiempo de atender este negocio, se decidió que se unieran a la expedición. La división se repartió entre los distintos navíos y el viento comenzó a soplar del norte, por lo que la flota se hizo a la vela el 27 de marzo. Se componía de los navíos siguientes:

*Una escuna armada.* Comodoro Aury. Tenía a bordo la compañía de artillería y la caballería bajo el coronel conde de Ruuth.

*Cleopatra (transporte).* Capitán Hooper,<sup>53</sup> el general y su estado mayor, la Guardia de Honor y el primer regimiento de línea.

*Dos bergantines apresados.* Regimiento de la Unión. Coronel Perry.

*Neptuno (barco almacén).* Capitán Wisset,<sup>54</sup> comisaría y provisiones.

<sup>52</sup> Este río ahora lleva el nombre de Soto la Marina.

<sup>53</sup> El capitán Moisés Hooper estuvo prisionero en San Juan de Ulúa, donde falleció el 5 de diciembre de 1817.

<sup>54</sup> El capitán Wisset o Visset, cuyo primer nombre no he podido averiguar, era de origen francés.

*Escuna Ellen Tooker*, en un viaje mercantil; arribó cuando la flota salía y aceptó acompañar a la expedición.

*Una balandra pequeña*. Capitán Williams.<sup>55</sup>

La fuerza de la división que se encontraba a bordo de la flota, incluyendo a todos los relacionados con ella de alguna manera como los marineros, los mecánicos y los sirvientes, era de trescientos hombres.

Inmediatamente después de zarpar, comenzó a soplar con fuerza el viento del oeste, lo que hacía temer un largo viaje; también se descubrió que el *Cleopatra* no llevaba suficientes provisiones a bordo. El general se había fiado de los reportes dados por Bianchi,<sup>56</sup> quien entonces era comisario y el capitán del barco, y suponía que se habían embarcado víveres suficientes. Éstos se tomaron entonces de la carga del bergantín apresado, pero a la llegada de la flota al Río Grande del Norte casi se había terminado el agua. Como el tiempo había mejorado, el general resolvió procurarse provisiones en este lugar, y la flota ancló fuera de la boca del río. Los realistas habían apostado allí una guardia bajo un sargento con el propósito, claro está, de evitar que los corsarios se proveyeran de agua. El mayor Sardá y otros oficiales, que se ofrecieron de voluntarios, bajaron a tierra para averiguar si era posible conseguir provisiones. Como la flota enarbolaba los colores de España y como el mayor, quien comandaba la partida, era español, la guardia supuso que la flota era española y se dirigía a Veracruz. Así, los botes tuvieron libre el acceso al río para conseguir agua y los soldados de la guardia les ofrecieron ganado, que era mesteño y se daba en abundancia. La barra del Río Grande es poco profunda y con mucha dificultad se pudo conseguir una pequeña cantidad de agua, debido a lo peligroso de la barra. Un bote, que pertenecía a la escuna del comodoro Aury, volcó entre las olas, y un oficial español, el teniente Dallares,<sup>57</sup> por desgracia pereció. Este joven español, a quien Mina protegía y que había abandonado Inglaterra con él, fue uno de sus pocos compatriotas que le permanecieron adictos hasta el final. Mina lo apreciaba mucho y lamentó profundamente el accidente que lo privó de un buen amigo. Cuatro hombres de la flota desertaron y se escondieron en los bosques; después se presentaron al enemigo y le informaron de cuanto sabían.<sup>58</sup>

<sup>55</sup> No he podido averiguar su primer nombre.

<sup>56</sup> Amande Bianchi, de origen italiano, fungió como comisario durante la expedición, encargado de su aprovisionamiento. Cayó preso en Soto la Marina, y fue llevado a San Juan de Ulúa, donde falleció el 27 de noviembre de 1817.

<sup>57</sup> No he podido averiguar el nombre de pila del teniente Dallares, o Pallares, al decir de Bustamante, a quien sigue Lucas Alamán.

<sup>58</sup> Los desertores delataron la expedición en Refugio, hoy Matamoros, Tamaulipas. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

Tan pronto como los navíos se aprovisionaron suficientemente de carne fresca y de agua para conducir la expedición a su destino, la flota se hizo a la vela con el viento que venía del sudeste, pero éste a poco viró al oeste y sopló un ventarrón que dispersó los navíos. Las tropas a bordo del *Cleopatra*, cuyas provisiones eran menos abundantes que las de los otros barcos, se encontraron en una situación desagradable. La carne fresca no duraría más de veinticuatro horas y el bergantín apresado, que hasta entonces había satisfecho sus necesidades, se había perdido de vista. Las provisiones quedaron pronto reducidas a una pequeña cantidad de pan y a un barrilito de almendras y, como el tiempo continuaba malo, fue preciso racionar la comida. Así, pues, se servía diariamente a cada hombre, incluyendo al general, medio bizcocho, unas cuantas almendras y un cuartillo de agua; pero esta privación no duró más que cinco o seis días. El *Cleopatra* llegó al lugar de la cita el 11 de abril y el resto de la flota durante los dos días siguientes.

Se hicieron arreglos para desembarcar a las tropas, lo que se llevó a cabo el día 15 muy temprano, sin ningún accidente.

Dos hombres, montados y vestidos como campesinos (paisanos),<sup>59</sup> se unieron durante ese día al general, le proporcionaron alguna información local y por ellos conoció que don *Felipe La Garza*,<sup>60</sup> comandante del distrito, se hallaba en la población inmediata de *Soto la Marina* con una pequeña fuerza. Estos individuos parecían francos y bien dispuestos; le ofrecieron sus servicios como guías y acompañaron a una partida a buscar caballos. No obstante, desaparecieron a la primera oportunidad. Se supo después que eran criollos, naturales de esa región del país, y también soldados realistas que habían sido enviados por La Garza para averiguar la fuerza de las tropas invasoras; después de hecho esto como mejor pudieron, abandonaron el campo. El general llevaba consigo desde Nueva Orleans a un nativo de Soto la Marina, así que la desertión de sus nuevos amigos no le causó gran inconveniencia por falta de guía.

Durante la travesía desde Galveston, Mina publicó una proclama dirigida a sus compañeros de armas, en la que les recordaba la sagrada empresa en la que se hallaban ocupados y que debían tener siempre presente que no iban a conquistar al país sino a ayudar a emanciparlo de un gobierno tiránico. En ella les recomendaba muy especialmente tener

<sup>59</sup> “(paisanos)” en español en la edición de 1820.

<sup>60</sup> El teniente coronel Felipe de la Garza, más tarde comandante del estado de Tamaulipas, fue quien tomó prisionero a Agustín de Iturbide en julio de 1824 en Soto la Marina, y lo llevó preso a Padilla para ser juzgado.



cuidado en conciliarse la buena voluntad de sus habitantes, respetar sus costumbres, mostrar la mayor veneración a los ministros de su religión y que, en ninguna ocasión ni bajo ningún pretexto, violaran la santidad de los templos dedicados al culto divino.<sup>61</sup>

<sup>61</sup> Véase esta proclama, fechada el 12 de abril de 1817 en Río Bravo del Norte, en el *Boletín I, de la División Auxiliar de la República Mexicana*, Cuartel General de Soto la Marina, 26 de abril de 1817, p. 1.